

Pescaero

Pescar en aguas revueltas es algo que no logra, aunque lo pretenda (que nunca lo pretende) el pescaero, a quien resultaría fácil intentarlo si quisiera. Precisamente por tener más que a mano el bullicio de las faldas estampadas o no que se acercan al puesto, cesta o capaza al brazo, billetes ataícos en el moquero, escondidos en la bocamanga, en la sima del pecho, en el monedero de mano o en el billetero de propaganda. El pescaero —que se sepa— es hombre honrado donde los haya, y se conoce de más de uno que ha devuelto chupetes con cadena y medalla de oro, esclavas y dijes, carteras y bolsos, chaquetas de lana y bragueros de cáñamo, velos de misa y rosarios, despojos de res o papelonos de churros. El pescaero —desde siempre— tiene a gala ser honrado. Y para más inri lo proclama con estruendosa voz de barítono atenorado:

— ¡Bien pesaiiiiilicas, oiga! ¿Otra para quién...?

Mas para ser honrado y parecerlo se precisa de un código. El pescaero tiene el suyo: jamás robará a nadie una cabeza de gamba, un alfiler de chanquete o una pata de percebe. A lo más, si la competencia y la estrechez del margen comercial obligan, y la vigilancia de los peseros oficiales disminuye, se permitirá el pescaero —eso sí, con gracia— añadir dos o tres papeles de dura estraza al cartucho de papel de periódico en que envuelve su pescado bien pesaiiico.

— ¡Écheme uno de chorrá, jefe!

No lo dice la mujer porque tenga por mal hábito ser pidona. Es por la dicha inenarrable de obtener - siquiera ilusoriamente— algo que no haya pagado, algo que atribuya a esplendidez del comerciante, a reconocimiento de buena visión mercantil.

—Ahí va. Una... Y otra. Y otra. Y otra más, qué leche, de toas maneras no va a salir uno de pobre.

El pescaero las deja caer con chulería, con un guiño placentero, con una sonrisa grande como la cola de un rape, casi lisonjeándose: "Aquí estoy yo; casi na". El pescaero es alma generosa y desprendida. Cuando llega el cobrador del banco a entregar el recibo, el pescaero le lía media docena de gambas bien envueltas en un celofán, "se las toma usted ahí, anca el Rojo", sin pedir nada a cambio, si acaso se permite insinuar que le guarde la letra seis o siete días, "que está la vida muy achuchá", dice, y lanza de nuevo el pregón enseñando su amplia sonrisa en la que igual destacan los dientes negros y orificados junto a la muela de oro rubia como una dorada.

—Hay calamaAares, merluUuza, pescadiillaaaaa...

El pescaero hace prodigios, casi de prestidigitador, con el papel en la mano. El pliego gira y gira en ella, se retuerce en su base, en tanto que el pescaero le da forma de enorme cartucho doblando la punta con un golpe de efecto que encierra motivación de compra. El verdadero cartucho es el de estraza y periódico, que el pescaero no cree que el comercio deba estar reñido con la cultura de urgencia. (A mí me causa extrañeza y desazón saber que están jubilando el papel de periódico de los puestos por razones sanitarias, que comprendo, claro. Pero a pesar de todo tengo para mí que no es lo mismo, no, liar los boquerones en ese derivado del poliuretano de vinilo que al cogerlo

con las manos se estremece como una solterona beata y pueblerina. Que no, que no, que resulta como más elegante y popular ver las cabezas plateadas con sus ojos abotargados mordiendo los editoriales y artículos de fondo, que a lo- mejor la cocinera, un suponer, se entretiene en leer los despropósitos de quienes proponen demoler el Seminario de San Fulgencio para construir sobre sus nobles ruinas bloques de viviendas más o menos de época, es decir, cursis. Y tampoco está de más alegar, por razones sociales, que cuando el papel de periódico servía al pescaero — ¿no le sirve ya?— eran muchas —y muy avisadas— las familias que entregaban la prensa diaria al primogénito de la casa para que por mor del ahorro, ahorrando, consiguiera unos duros con que procurarse algún que otro vicio inocente y de poca monta. Y era de ver con cuánto primor se doblaban en casa los periódicos y se separaban los viejos y manchados de los sucios para llevarlos donde el papelero. ¿Falta de higiene? Puede. Aunque a lo mejor no. ¡Quién sabe! El papelero, a su vez, llevaba los fardos de artículos jubilados en una buena atadura de cordeta. Y obtenía a cambio pescado para los suyos. ¿No es verdad que encierra una singular delicia esta claridad del comercio primitivo, el de toma y daca, que no pasa de ser clarividente permuta?)

— ¡Nena, el estornilino! ¡Mire qué ojos, jefa!

Los pescados resbalan por la pala del pescaero como las notas por las yemas del pianista virtuoso. Ni uno se escapa. Ni uno se destripa. Van de la caja de madera al cartucho, cayendo en catarata, uno a uno, para que la parroquia observe la bondad de la mercancía. Y que nadie aluda que es más higiénico el pescado congelado, amortajado, hibernado, en caja de plástico, que igual le doy la razón para contraargumentar que sí, que quizá sea más higiénico, pero ¿más plástico? ¿Más bello? ¿Más natural? ¿Habrá bodegón más logrado y sugerente que el de los chirretes encerrándose en la boca abierta de un cartucho?

La balanza de pesas acusa el golpe (porque el pescaero es violento en sus acciones; cosa que no es, por ejemplo, el confitero, amigo de resguardar la sesera de los merengues con palillos). Y no se piense que adolece de ojo el pescaero si resulta que las más de las veces se pasa de peso. Es su arma para enguiscar —sin mala fe— a la serora a fin de que lleve medio kilo en vez de cuarto y mitad, porque una vez puesto

en la balanza, tan fresco, tal coleante... En fm: ocurre casi siempre que el pescaero se jasa de una medida sin llegar a la siguiente, porque le gusta ir añadiendo unidades, dejándolas caer con honda complacencia mientras vocea:

— ¡Nena, el estornilinoooo!

En la esquina, el vecino replica con voz meliflua:

— ¡Jurelilico pa frito! ¡Gambas de estrío pa l'arroz, oiga!

Y otro más allá, puede que picado:

— ¡Hay pulpo, calamares, chanqueeeEeete!

Y una voz femenina agria y ronca, casi de tanguista ajenjorada:

— ¡Mújol del Mar Menor, ay qué rico, salmoneeEeteees!

La mano del pescaero 'prieta el cartucho, lo cierra con firmeza, sin flema, sin indecisión, sin encono; y sí con mucha elegancia y no poca viriidad introduce el cartucho en la bolsa de plástico, ahora sí, tendiéndola a la parroquiana, vuelto ya al otro viento, pan gritar jubiloso:

— ¡Nena, el estorniiliino!

Al tiempo aprovecha el pescaero para darle un repisco en el solomillo al Nene, que está el pobre en la edad del pavo y no acierta a gritar cm gracia, con garbo, con alma: " ¡Nena, el estornilino!" El Nene respinga con un traspie, a punto de esclafarse las naices en la caja de los pulpos. El padre le reprende con la vista "que vayas aprendiendo. Echale nieve a los magres", mientras nuevamente acciona los platillos para que hagan ruido, coge en la mano un purado de langostinos y los extiende, mostrándolos, como si jugara con ellos a los naipes. (Es este un juego ilusorio que arroba las miradas. No hay mayor donaire que el haz de luces del marisco movido por la diestra mano del pescaero; que le busca siempre su mejor perspectiva, su más seductora parte, ordenando bien las cabezas para mostrar el pincho que acredita la condición de macho o hembra de la pieza.)

— ¡Chacho, grita! —amonesta, de pronto, al hijo en un aparte.

Gritar mucho y bien, con genio y sin remilgos, es la base del negocio del pescaero, un mercader sedentario que mal de su grado se hace trashumante y domiciliario cuando se compra una bicicleta o una moto o una isocarro a fin de echar unas cajas para ir a venderlas Huerta adentro. Entonces a veces le llaman —aventurad por qué— el pescatero. Ya no es el pescaero, así de fácil, ni tampoco el pescador, que es el que se hace a la mar. El pescaero al contrario que el último, no va a la mar más que otros mortales. Es más bien hombre de tierra, y nada sabe de aparejos, velámenes, pertrechos y marejadillas, y sí de comprar ranchos donde den mejor género, y de meterlo en la cámara con la sal y el hielo correspondientes, y de tratar la mercancía como si fueran flores.

El Nene del pescaero arregla bonísimamente el género, coloca las cajas en vertical para que se vean, machaca las barras de hielo con el mazo de madera y espolvorea la nieve sobre el marisco para que no se le pongan negras la cabezas, limpia el mármol o la piedra jaspeada con la bayeta, la seca con la gamucilla, apila los cestos, arrima mercancía; pero no se da maña para gritar:

— ¡Nena, el estornilin000 pal escabeche...!

El mozo ya acusa una sombra negra en el labio superior, sufre dentera de amores y le tiemblan los reveses de las piernas cuando se detiene frente al puesto una moza en edad de prometer. En semejante trance ya no da pie con bola. Su padre le aconseja: "No seas corto, despacha a la muchacha, ¿cómo vas a vender, hombre si no gritas con fuerza, si no ofreces el género diciendo que está recién traído de la Encañizá? Di que no hay otro igual en la plaza, tú; échale asaúra a la voz..."

La plaza de Verónicas tiene mucho de Canaletto veneciano por donde el sector del pescado. El agua corre resuelta en busca de las boqueras, los puestos se encharcan y dejan escapar sus aguas de hielo fresco, hielo que se derrite en las cajas y borbollonea por las juntas. Tras el mármol, siempre presta la sonrisa no dentrífica, argentífera del pescaero o de la pescaera, o de ambos, o de los tres si es que tienen un retoro en trance de aprendizaje. Cuando uno calla, replica el otro, alternativamente, sin estorbarse, siguiendo un mecanismo reflejo muy a lo Pavlov. Hay quien piensa que el pescaero ha de tener necesariamente la cara sanguínea para serlo. Y no es cierto, que, por lo general, es mero reflejo del salmonete y de la escama. Porque cuando el pescaero deja su puesto, presenta un rostro curtido bien rasurado y un pelo frecuentemente cortado a cepillo o por lo menos corto y rizado. Cuando está tras el mostrador se le distingue de los otros oficiantes, y aún se le seguiría distinguiendo aunque se parapetara entre cajas de frutas o bolas de queso. No le resulta, no, fácil ocultarse al pescaero a una legua se le advierte por su mandil largo y amplio que luce las vetas verdioscuras sobre un fondo de verde más claro. Le delata también el color de la cara y de las manos, y su risa cordial (la risa del pescaero es indefinible). En la calle es fácil reconocerle por las botas de plástico y por los pantalones que lleva embutidos en ellas o arremangados ligeramente, que así es el pescaero: profesional legítimamente orgulloso de su oficio.

Y nadie más higiénico y pulcro que él. Cuando abandona el puesto se lava dos o tres veces. Primero con jabón de palo, estropajo, arena y gleda; después con Aromas de Murcia; luego con copitos, dejando que la piedra pómez lime las asperezas y limpie las lisiaduras. En los dedos lleva el pescaero las tiritas con la misma habitualidad que el carnicero las vendas, los esparadrapos y las muñequeras.

El aprendiz de pescaero se lava más a conciencia aún, para no espantar a las mozitas que pretende. El muchacho quiere entablar relaciones de amistad con algunas jovencitas que conoce de visu; mas la timidez le frena. Los compinches le instan a arrimarse, a perder la poquedad, a decir cosas. Y él responde que menuda manía tienen con que diga algo, como si fuera fácil, que a ver qué las dice. Los amigos alzan los hombros, mientan que él lo sabrá, que eso se intuye y se improvisa, que se arrima uno a la chica y con voz muy melosa, acompañándose cariñosamente con un gesto de la mano, se hace una alusión a sus ojos de garza, a la solidez de sus cimientos, a la brillantez de su pelo, al aire de sus andares, a la sal de su expresión, a la finura de su nariz... El Nene del pescaero bien que quisiera, que por dentro del pecho le corre una pavesa que le quema; pero cuando está junto a la moza va y se reprime, se anima de nuevo, toma carrerilla de pronto, se acerca, y nada. Vuelve a intentarlo, y siempre acaba alegando lo mismo: que no le sale, que es muy corto, que le falta el resuello.

Los amigos se paran.

—Mira —le dice uno— ¿Ves aquella que viene enfrente del Murcia Parque? Pues ahora verás; observa, macho, mira... ¡Ay, hija, quién fuera tus zapatos!

Y volviéndose jactancioso:

— ¿Has visto?

—¿Y por qué sus zapatos, oye?

—No sé, porque algo hay que decir ¿no? Ahora te toca a ti.

El aprendiz de pescaero no quiere, teme que el olor a pescado le delate, o que las palabras le abandonen, o que le salga de la boca un bufido en vez de algo tierno y aparente. En el pecho le tamborilea un músculo, las piernas se le arquean, quiere volverse, quiere echar a correr; pero los amigos le cercan, empujándole por detrás, acusándole de gindama. "¿Quién... mierdica yo?" El Nene del pescaero se arma de valor, avanza la pierna izquierda, después la derecha, compone la figura, eleva la mano, acciona las cejas y con voz quebrada, aunque dulce, exclama con aliento sepulcral:

— ¡Nena, el estornilino!